



ROMANCE TRÁGICO

DE

ANSELMO Y ADELAYDA,

O EL CASTIGO DEL ASESINO.

**E**n las orillas del Torme,  
 bajo de un hermoso cielo,  
 está sita Salamanca,  
 ciudad de Minerva asiento.  
 En esta ciudad vivia  
 un ilustre caballero,  
 á quien conoce la fama  
 por Antonio de Requedo:  
 tuvo de su matrimonio  
 un jóven llamado Anselmo,  
 de condicion muy dañina,  
 y en las costumbres perverso.

Una tarde del Otoño,  
 saliendo á dar un paseo,  
 el jóven amor tirano  
 le asaltó tenáz el pecho.  
 Adelayda se llamaba  
 la jóven que en mil portentos  
 tiranamente robóle  
 del corazon el sosiego.  
 De la mas perfecta Venus,  
 atractivos y embelesos  
 nada fueran á su lado,  
 previo el prudente cotejo.

155

La viveza de sus ojos,  
su tierno ademan modesto;  
el color de pulcra rosa,  
eran de gracias modelo.  
El albor de pecho y manos,  
y de su rostro alagüeño:  
el color de blanca nieve  
dejára eclipsado y feo.  
Cual suelen preclara vista  
turbar del sol los reflejos;  
asi quedó la del jóven  
y de amor perdido y ciego.  
Con trémula voz azorado  
y mal articulado acento,  
¿quién eres, ninfa, le dice,  
que al solo mirar me has muerto?  
Yo soy, responde Adelayda,  
la que del hogar paterno  
formo el placer y delicias,  
la dulce paz y consuelo.  
Si á tus gracias, bella jóven,  
añades tales aumentos,  
quién habrá que no se rinda  
y no te quiera al momento!..  
Yo constante, por mi honor,  
en nombre de Dios eterno,  
tu fino esposo y amante  
el ser, y leal te ofrezco.  
La jóven medio turbada,  
cuasi perdido el aliento,  
le dice que á su buen padre  
pida esta gracia primero.  
Mascharon adonde estaba,  
siguiendo sus galanteos,  
prodigándose cariños,  
mil promesas y requiebros.  
En efecto, alli llegados,  
rogaron con noble esfuerzo;  
y el padre entonces consiente,  
si consiente el de Requedo.  
Corre veloz á su casa

nuestro jóven Don Anselmo,  
altivo y acelerado  
pide al padre su concenso.  
Este le niega la gracia,  
y al escucharle, resuelto,  
es muy en valde le dice,  
con otra casarte quiero.  
Los celos, la ira, el odio,  
la venganza y desespero  
asaltan, combaten, rinden  
de nuestro jóven el pecho:  
cual precipitado rayo  
que fulmina el alto cielo,  
al crimen mas execrable  
se precipitaba luego.  
Durante una clara noche,  
con fiero puñal, proterbo,  
del padre el corazon pasa  
una y mil veces cruento.  
Sangre y mas sangre despide,  
y á crimen tan vil y horrendo  
la luna oscurece y tiembla  
todo aquel recinto y suelo.  
Venganza y muerte señala  
mi Dios bondadoso y recto;  
riumban do quier y caen  
rayos de esterminio y truenos.  
Monta un fogoso caballo,  
que en las orillas del Duero  
naturaleza enseñóle  
ser mas que el viento ligero.  
Parte con él, y en el campo  
jura y rejura tremendo:  
pues Adelayda no es mia,  
tiemble de mí el orbe entero.  
Apenas la hermosa Aurora  
alumbró con sus luceros,  
divulgóse en la ciudad  
tan inaudito suceso.

No es posible de Adelayda  
pintar todo el desconsuelo,

el llanto, los tiernos ayes  
del amor indicio cierto.  
A consejo de su padre,  
y al ver de Anselmo el esceso,  
anhela dejar el mundo  
y encerrarse en un convento.  
Volvamos á nuestro jóven,  
que en rabia y venganza ardiendo,  
cual fiera sangrienta corre  
á su fin fatal postrero.  
No lejos de la ciudad  
encuentra unos vandoleros,  
de quienes eficazmente  
se ofrece ser compañero.  
Estos á una voz al punto,  
al observar su denuedo,  
le aclaman por capitán  
de toda la orda de ellos.  
Recorren todo aquel campo,  
y su furor á un mancebo  
roba, y le dá cruda muerte  
al pie de un manso arroyuelo.  
Una tierna hermosa jóven,  
entre apartados senderos,  
hacen de su vil lascivia  
víctima y torpes deseos.  
Torpe y vilmente cumplidos  
sus criminales intentos,  
su pura sangre á raudales  
hacen que riegue aquel suelo.  
Al favor de oscura noche  
la casa de un molinero  
asaltan, roban, y á todos  
hieren y matan mas presto.  
A la voz de tantos males  
se atemorizan los pueblos,  
y los campos y caminos  
quedaban cuasi en desierto.  
Aqui y allá perseguidos,  
su fin probaron funesto,  
menos Anselmo que escapa

por su caballo ligero.  
Corre veloz, y llegado  
al ancho y hermoso puerto  
de Cádiz, do fuertes olas  
combaten del mar soberbio.  
Entre una gente morisca  
toma su partido luego;  
blanco turbante le adorna,  
corvo reluciente acero.  
Del mar salobre á las aguas  
entregan el frágil leño,  
y en pocos dias dejaron  
del Gades las playas lejos.  
A las de Constantinopla  
llegaron en breve tiempo,  
á do altivo el Musulman  
empuña tirano el cetro.  
De su jornada los moros  
cuenta á su Señor le dieron,  
y muy mucho ponderaron  
de Anselmo el grande ardimiento.  
Al punto manda el Sultan  
venga á su presencia luego;  
y al verle quedó prendado  
y en sus tropas le dá puesto.  
Con sus huestes belicosas  
contra el Arabe altanero,  
manda que parta y derroque  
su inobediente proyecto.  
No tardó, que su valor  
en los bélicos encuentros  
buscó los mas peligrosos  
y mas eminentes riesgos.  
En poco tiempo de Arabia  
devuelve al turco el imperio,  
despues de haber entregado  
miles ciudades al fuego.  
De laurel frondoso ornada  
la hermosa sien, su regreso  
Constantinopla celebra  
con fiestas, bailes y juegos;

mas los placeres del mundo  
son falsos y pasajeros,  
que á las delicias mas grandes  
suceden los contratiempos.  
Amor con su llama activa  
abrsa su crudo pecho;  
la hermosa y tierna Adelayda  
es su placer y recuerdo.  
En medio de tanta dicha  
solo le falta el objeto  
á quien su amor consagrara  
y jurara por su dueño.  
Otro crimen horroroso  
concibe y piensa resuelto;  
quiere robar su Adelayda  
para cumplir su deseo.  
Pide al Sultan una gracia,  
y és, le conceda el recreo  
del campo por cuatro meses,  
y este la concede atento.  
Dejando el blanco turbante,  
en clase de pasagero,  
el rumbo toma de España  
en barco veloz y griego.  
Pisa las playas de Cádiz,  
y con valor y denuedo  
á Salamanca dirige  
sus pasos tenaz y fiero.  
Llegado una oscura noche,  
y disfrazado en silencio,  
de su querida la casa  
pisa amoroso y tremendo.  
Huérfana estaba Adelayda,  
entra y la coje resuelto;  
esta suspira y se asusta,  
y espide tiernos lamentos.  
No temas mi bien, le dice,  
solo á que me sigas vengo,

solo tu dicha procuro,  
no pierdas tan grato tiempo.  
Es muy en valde responde,  
tengo mas nobles intentos;  
mi corazon y mi mano  
ceder mañana pretendo.  
Del santo claustro al retiro  
solo quiero á Dios eterno,  
y los placeres y dichas  
de su mano solo espero.  
Una y mil veces el jóven  
emplea amoroso el ruego:  
nada consigue, y venganza  
solo concibe violento:  
saca el puñal patricida,  
*grita* Adelayda al momento,  
y pertinaz y obcecado  
la causa su muerte luego.  
La fuga emprende el tirano,  
corre azorado cual viento,  
do quier dirige sus plantas,  
do quier se dirige incierto.  
El triste *grito* á un vecino  
despierta y le priva el sueño;  
vé la desgracia, y conmueve  
en alta voz todo el pueblo.  
De mil peligros cercado,  
cede por fin su ardimiento;  
y en triste y oscura cárcel  
llora el malvado ya preso.  
El cuarto dia al cadahalso  
acaba su vida Anselmo  
á los perversos dejando  
tan triste y fatal ejemplo.  
A tal desgracia escarmiente  
y tiemble todo perverso:  
que al vil cruel asesino  
siempre le castiga el cielo.

F I N.

Valencia: Imprenta de Laborda, calle de la Bolseria núm. 18.